



## EN MEMORIA DE PEDRO CEBALLOS (1934-2006)

### **Pedro Ceballos en la Estación Central de Ecología del ICONA**

Mi relación con la familia Ceballos es antigua, procede de los años que colaboré con Don Luis Ceballos en la Cátedra de Botánica de la Escuela de Ingenieros de Montes, los últimos años como catedrático, pues cumplió 70 años el 31 de julio de 1966 y dejó la Escuela con los exámenes de septiembre de ese mismo año. Desgraciadamente falleció al año siguiente.

Siempre he tenido presente esos dos años que han sido para mí como una bendición del cielo. Pude conocer a una persona que me ha marcado mucho en la vida tanto profesionalmente como humanamente. Don Luis era un magnífico científico y un excelente profesor, pero creo que sobre todo era un hombre bueno y un gran padre de familia, por cierto familia numerosa, que siempre tenía presente. En diversas ocasiones me comentó que su gran ilusión como padre era que alguno de sus hijos fuera Ingeniero de Montes y que por fin ya tenía encauzados en esa dirección a dos de ellos.

Precisamente eso me llevó a conocer a Pedro que estaba haciendo el curso de acceso de Ayudante de Montes a Ingeniero, pues de cuando en cuando venía al Laboratorio de Botánica a visitar a su padre y hacerle algunas consultas. De esta manera inicié mis contactos con Pedro y pude comprobar que también era un excelente padre de familia, también numerosa, y que vivía la ingeniería pues su mujer Gloria era hija de el insigne Ingeniero Agrónomo Don Eladio Aranda. Cuando Pedro venía a ver a su padre teníamos largas charlas, lo que me permitió comprender mejor a Pedro y sentir que era una gran persona.

Después, hasta abril de 1974, cuando llegué al nuevo ICONA de la mano de D. Manuel Aulló, no volví a tener contacto profesional con Pedro. Me hice cargo de la Subdirección General de Protección de la Naturaleza donde Pedro prestaba sus servicios en la Estación Central de Ecología, heredera de aquel magnífico Servicio de Plagas Forestales.

Pedro fue un excelente colaborador, desarrollando su trabajo con gran entrega y creatividad, sobre todo con el programa de nidales para aves insectívoras.

Hay un aspecto, quizás poco conocido, donde realizó una gran labor, como fue su apoyo al programa que llevó a cabo Félix Rodríguez de la Fuente.

Un día de la primavera de 1974 apareció por mi despacho Félix, para proponer al ICONA la realización de un Programa con Televisión Española sobre la fauna ibérica, que después se denominó

EL HOMBRE Y LA TIERRA. Se trataba de realizar la filmación de una serie de películas sobre los animales silvestres españoles y precisaba la ayuda de ICONA, tanto para tener algunos sitios de filmación como para disponer de animales.

Recuerdo que me indicó que le gustaría saber más sobre el mundo animal, pues sus estudios habían sido de Estomatología y lo que sabía de animales lo había aprendido fuera de sus estudios de su carrera, pero que ahora tenía poco tiempo para ello. Le indiqué lo siguiente: *Félix tu posees dos dotes de gran valor, por una parte lo que dices lo dices muy bien y por otra lo que dices la gente se lo cree; por parte de ICONA te podemos ayudar a que lo que digas sea la verdad.*

Era necesario llevar a cabo esta colaboración y para ello era preciso buscar a un coordinador que pudiera ayudar a Félix. Había que elegir a una persona de enlace que fuera capaz de congeniar con Félix y que se llevara bien con él. Y Pedro fue la persona ideal, pues atender a Félix no era fácil. Félix tenía muchos méritos, pero su entusiasmo imprimía una cierta exigencia a sus pretensiones y era necesario muchas veces tener gran paciencia para tratar con él. Pedro lo hizo a la perfección, tuvieron mucha relación y se llevaron muy bien.

Se buscó una finca en Guadalajara, La Peregrina, donde se rodaron gran parte de las películas y había que proporcionarle los animales que Félix necesitaba para las filmaciones. Siempre llamaba con cierta urgencia precisando conejos, cabras, gamos, ciervos, etc. Había que ponerse en contacto con los Servicios Provinciales en demanda de los animales.

Y toda esta labor ingente Pedro la desarrolló con gran efectividad, quedando Félix siempre muy complacido. Si esto no hubiera sido así las películas no habrían podido realizarse, y ello se debió al interés y buen hacer de Pedro, que siempre puso lo mejor de sí para llevar a cabo su tarea, no siempre fácil pues en algún caso y en algunos lugares el interés de Félix no era bien comprendido. No cabe duda que la serie EL HOMBRE Y LA TIERRA tuvo un gran éxito, que Félix Rodríguez de la Fuente fue su gran artífice, que el ICONA tuvo una gran participación, pero la persona que más hizo, aunque quedó en la sombra, fue Pedro pues fue el que facilitó que Félix rodara sus películas y fue capaz de buscar una buena relación entre Félix y el personal de los diversos Servicios Provinciales de ICONA, tarea, como ya hemos dicho, no siempre fácil.

Después de mi salida de ICONA mantuve una menor relación con Pedro, pero siempre estuvimos en contacto, y me tuvo siempre una buena consideración y estima, que fue reciproca, sobre todo cuando se hizo cargo de las publicaciones de ese Organismo, y que llevó con gran profesionalidad y eficiencia. Recuerdo que una vez me envió el manuscrito de Josefina Gómez de Mendoza sobre la Historia forestal española, para que le diera mi opinión sobre la posibilidad de su publicación. Ni que decir tiene que fue una delicia leer aquellas múltiples páginas y por supuesto me parecieron excelentes.

Después nos hemos visto con cierta frecuencia, algunas veces con motivo de los diversos actos realizados en el Arboreto dedicado a su padre en San Lorenzo de El Escorial. Pedro tenía una especial predilección por su padre, y recuerdo que en octubre del año pasado subió a ese lugar, acompañado de su inseparable Gloria, para acudir a un homenaje que se le rindió a Don Luis, a pesar de que estaba recién salido de una operación delicada, y disfrutó bastante del acto aunque todavía doliente.

Mi estancia en ICONA me ha proporcionado grandes amigos y entre ellos en un lugar preponderante está Pedro, habiendo mantenido esta amistad hasta los últimos momentos. Ello me ha permitido comprobar que ante todo Pedro era un hombre bueno.

ANTONIO LÓPEZ LILLO

## Pedro Ceballos y «El Ágora»

Con la pérdida de Pedro Ceballos resurgen recuerdos entre los que estuvimos cerca de él y de alguna manera participamos en su obra. Son muchos los aspectos que pueden resaltarse de su larga obra profesional; me cabe a mí referirme a una perspectiva que me es especialmente grata, pues concierne a uno de los periodos en que con más cercanía y continuidad trabajamos juntos en lo que conocimos familiarmente como *El Ágora*, dentro de la Estación Central de Ecología del ICONA.

Pero nuestra colaboración había comenzado muchos años antes, en la década de los sesenta, cuando yo daba mis primeros pasos profesionales en el antiguo Instituto Forestal y él llevaba a cabo su labor en esa magnífica institución que fue el Servicio contra Plagas Forestales. Entre los trabajos que por entonces él desarrollaba, me mostró una nutrida colección de envases con contenidos estomacales de pájaros, perfectamente datados y etiquetados; me propuso analizar la fracción vegetal para la identificación de sus componentes, como dato complementario del estudio de la ingesta animal que llevaba él a cabo. Mi entusiasmo ante una labor tan atractiva y bien organizada por él suplió mi falta de experiencia y la escasez de bibliografía disponible sobre el tema. Con este motivo descubrí mejor sus dotes personales y profesionales, su generosidad, su gran vocación y afición contagiosa y su espíritu emprendedor. Una parte mínima de ese trabajo, presentada por él a concurso en 1971, mereció premio de la Real Academia de Ciencias Exactas, Físicas y Naturales y como tal fue publicada en las Memorias de esa Institución.

Creo que es digna de destacar en Pedro Ceballos su aplicación en unas líneas de trabajo que, sin ser absolutamente nuevas, se adelantaban a las que más tarde adoptaría más explícitamente la Administración, poniendo mayor énfasis en la protección y conservación del medio. Efectivamente, desde sus primeros años de vida profesional advirtió la conveniencia de utilizar la lucha natural contra los agentes patógenos y depredadores de las masas arbóreas y de las nuevas repoblaciones forestales que se llevaban a cabo masivamente por esos años. Esta idea orientó sus quehaceres y su gran afición a la ornitología. En 1968, observando la escasez de paseriformes insectívoros en el interior de las masas forestales, promovió campañas de instalación de nidales artificiales para remediar la escasez de huecos adecuados, especialmente en las nuevas repoblaciones; el éxito obtenido llevó a la instalación, en campañas sucesivas, de cientos de miles de nidales en toda España, que se convirtió en el país más avanzado en esa actividad.

Con fines análogos estudió y experimentó con hormiga roja, implantando hormigueros en repoblaciones y comprobando su utilidad en la lucha contra las plagas. Igualmente divulgó el papel y eficacia análogos de los murciélagos.

Con toda esta labor en marcha, en 1971 se disolvió el Servicio contra Plagas Forestales, dividiendo sus dotaciones humanas y materiales. Será la Estación Central de Ecología, en el nuevo Instituto par la Conservación de la Naturaleza, la que se ocupará de las labores de protección de la flora, la fauna y el medio, así como de los tratamientos preventivos y de la lucha biológica en el espacio natural. A este nuevo organismo se ha de incorporar Pedro Ceballos, aportando su gran experiencia en unos temas y unas líneas de trabajo en los que él se había iniciado y llevaba cultivando tanto tiempo.

Por esos años llevó a cabo las primeras campañas de anillamiento de aves con el remite de ICONA, publicando los resultados en el *Boletín de la Estación Central de Ecología*, actividad que proseguiría la Central de Anillamiento de Aves, llegando a alcanzar posteriormente millones de anillamientos como instrumento científico y de gestión.

Pasados pocos años, a propuesta del nuevo Subdirector General de Protección de la Naturaleza, Antonio López Lillo, se constituye un pequeño grupo de personas para colaborar con él, compartiendo y reforzando en la excelente labor que desarrollaban los técnicos del ICONA. Había que aplicarse especialmente a las nuevas tareas que asumía el Instituto al aceptar el reto que suponía la acelerada transformación de la sociedad y las nuevas exigencias y sensibilidades. El grupo estaba formado por el profesor Ruiz de la Torre, catedrático de Botánica de la Escuela Técnica Superior de Ingenieros de Montes, Eugenio Morales Agacino, prestigioso investigador del INIA, Francisco José Purroy, entonces joven biólogo especializado en ornitología, y quien esto escribe.

El profesor Ruiz de la Torre aportaba su gran saber y extensa experiencia profesional, iniciada en el antiguo Protectorado Español de Marruecos como Jefe del Servicio de Montes de su sección occidental, desempeñando después sucesivamente las jefatura del Servicio de Aplicaciones Forestales de la Confederación Hidrográfica del Sur y de la Sección de Hidrología Forestal y Sedimentología en el Centro de Estudios Hidrográficos, además de la cátedra de Botánica Especial de la Escuela Técnica Superior de Ingenieros de Montes.

Eugenio Morales Agacino era un prestigioso naturalista reconocido internacionalmente por sus trabajos sobre mamíferos y sobre insectos, y por sus largas y fructíferas campañas en el Sahara, Irán y América Central investigando las plagas de langosta. Era hombre de gran saber y buen humor, con extensas relaciones internacionales en el mundo científico y en organismos como FAO y UNESCO, cuyo programa *MaB* acababa de ponerse en marcha como modelo de las relaciones Hombre - Biosfera

Francisco José Purroy Iraizoz, profesor de Zoología, con sólida formación científica y gran capacidad de trabajo era el más joven del grupo. Aportaba especialmente su buen hacer y experiencia en censos de aves y gestión de la fauna, así como una relación activa y directa con el medio universitario y con las nutridas promociones de zoólogos emergentes por esos años. Pronto tendría que abandonar el grupo para incorporarse a la Universidad de León, cuya cátedra de Zoología de Vertebrados Terrestres había ganado al año de incorporarse al grupo.

En el nuevo edificio de ICONA recién inaugurado, compartimos espacio y tareas con Pedro Ceballos, que además de los programas sobre hormigas, aves insectívoras y establecimiento y seguimiento de nidales colaboraba eficazmente en los temas de publicaciones y divulgación. Es entonces cuando Eugenio Morales, con su jovialidad y humor característicos, bautiza como «El Ágora» al espacio que compartíamos, improvisando en un papel un pequeño rótulo con los nombres de los componentes y los atributos de las materias básicas tratadas. Esta ocurrencia, festiva y sin pretensión alguna, haría más fortuna de la pretendida por su autor, quedando posteriormente recogida para encabezar una sección de la revista ECOLOGÍA por iniciativa de su director Benigno Asensio.

Por encima de esta denominación informal, nuestro «ágora» era efectivamente lugar abierto de reflexión e intercambio de conocimientos y puntos de vista sobre los muchos temas de su cometido que entraban en su espacio. La personalidad de Pedro Ceballos contribuyó a mantener este clima de diálogo y colaboración, que se extendía a los «usuarios» y a las numerosas personas que por causas muy diversas acudían a su despacho. Desde «El Ágora» se preparaban informes sobre flora, fauna y espacios naturales, se mantenía relación con Instituciones científicas españolas y extranjeras y con organismos internacionales y se colaboraba activamente en la política de publicaciones y en su realización. Asimismo se inauguraron algunas de las nuevas publicaciones de ICONA, como sus Monografías, y se elaboró la primera guía piloto para la puesta en marcha del plan de Reservas Ecológicas Educativas ICONA-INCIE



A fines de 1978 el grupo cesó en su función. Quedaba hecha una labor de colaboración en las numerosas iniciativas de la Subdirección General de Protección de la Naturaleza, ya plenamente asumidas por el ICONA. Pedro Ceballos permaneció en su puesto, manteniendo el rescoldo de lo que fue el espíritu del «Agora». Su historia profesional le permitió continuar con eficacia unas tareas con aspectos en los que él había sabido anticiparse desde sus primeros pasos profesionales. Ahora nos ha dejado, pero queda además de su recuerdo, la herencia de su labor y de su vocación, que contagiaba a los que le rodearon y supo transmitir muy especialmente a sus hijos, entre los que hay excelentes forestales y el autor de un magnífico tratado de cetrería reconocido en todo el mundo.

Espero que los editores de la revista me permitirán terminar con los últimos versos del *Epígrafe al sepulcro de Pedro Ceballos*, virrey de La Plata, escritos por José Cadalso a mediados del siglo XVIII. Creo que la coincidencia de intención y de nombres lo merecen. En ellos dice la Fama a los mortales:

*Si el poderoso estímulo os inflama  
Los valerosos nobles corazones,  
Y pretendéis asiento distinguido  
En mi heroico, inmortal, glorioso templo,  
Seguid de este varón el digno ejemplo.*

JACOBO RUIZ DEL CASTILLO

## Pedro Ceballos en la tradición de los forestales naturalistas

Tras la profunda reforma de 1971 el Ministerio de Agricultura pasó a tener una organización funcional en vez de la tradicional sectorial en la que los profesionales, forestales, agrónomos y veterinarios, tenían bien delimitadas sus áreas de actividad así como las tareas a realizar, que se correspondían con la formación específica que habían recibido en sus respectivos centros de estudio. Probablemente se trató de evitar los efectos de un corporativismo que aportaba una rigidez excesiva a la Administración, pero también de atender a una creciente demanda de la opinión a favor de lo que podemos denominar genéricamente políticas conservacionistas. En el caso del sector forestal, frente a los criterios productivistas que habían dominado en los últimos años, se hicieron más explícitos los conservacionistas, y hasta tal punto que lo que hasta entonces se había llamado la Dirección General de Montes pasó a denominarse Instituto para la Conservación de la Naturaleza. Esto no quiere decir, sin embargo, que lo que en ese momento se hacía explícito en la ley, la necesidad de conservar esa parte tan importante de nuestro patrimonio natural, no hubiera estado siempre presente en el espíritu de los gestores de los montes, los forestales, que, precisamente, se formaron, se organizaron y pasaron a formar parte de la Administración del Estado para defender ese patrimonio, anticipándose a su tiempo al reivindicar los beneficios ecológicos, sociales y culturales, además de los económicos, que proporcionan.

Era necesario escribir este largo preámbulo para situar en el tiempo y en su ámbito de trabajo la figura y personalidad de Pedro Ceballos que, nacido en 1934, ya en 1952 obtiene el título de Ingeniero Técnico Forestal y en 1953 entra como Colaborador en el Servicio de Plagas Forestales. Aquí comienza a manifestarse su vocación de forestal naturalista que fue estimulada por el entonces director del Servicio, D. José Andrés Torrent, inteligente, imaginativo, entusiasta y magnífico

gestor, y se apoyaba sin duda en la sólida y brillante figura y trayectoria científica de su padre, D. Luís Ceballos, catedrático entonces de Botánica en la Escuela de Ingenieros de Montes y de su tío D. Gonzalo Ceballos, que ostentaba la cátedra de Zoología y Entomología en la citada Escuela, la Dirección del Instituto de Entomología y había sido el alma de la idea de la creación del Servicio.

Aparte del estudio de la biología de los insectos que constituyen plagas en los montes, de la puesta a punto de técnicas de tratamientos masivos y de la dirección de las «campanas» en amplias superficies y en toda la geografía española, Pedro dedicó los primeros años de su vida profesional al estudio de la fauna auxiliar, parásitos y predadores de esos insectos, y especialmente al de los himenópteros calcídidos, para lo que fue pensionado al Museo de Historia Natural de Ginebra, donde se formó con el gran especialista, Profesor M. Charles Ferrière.

El fruto de su interés por la lucha biológica ya aparece en el primer trabajo que publica en 1958 en el Nº 1 del *Boletín del Servicio de Plagas Forestales* sobre el defoliador *Diprion pini*, en el que pone en evidencia la complejidad de su biología, las limitaciones de la lucha química convencional contra este insecto y el papel fundamental que juegan los parásitos en la dinámica de sus poblaciones. En esta misma línea están los trabajos que va publicando sucesivamente en el citado Boletín, en la revista *Graellsia* y en los *Anales del Instituto Forestal de Investigaciones*, entre los que cabe destacar por su decidido perfil naturalista y rigor científico el «Estudio de los *Brachymerinae* de interés forestal» y el interesantísimo trabajo «Comensales y parásitos de *Cynips quercus-tozae*», de 1960, en el que sin ningún alarde retórico nos presenta la complejidad sorprendente de la formación y la vida que encierra una agalla del roble. En sus «Notas sobre los parásitos y tratamientos contra la Procecionaria del pino», publicado en 1962, además de las descripciones científicas de parásitos de huevos, larvas y crisálidas y de detalles de su biología y posibilidades de utilización en la lucha biológica, Pedro muestra su faceta de dibujante científico que oculta discretamente, en la ejecución rigurosa y precisa de las figuras de insectos, sus dotes para captar la belleza de los seres vivos y trasladarla al papel con el lápiz, la pluma o en sus grabados, como hará más tarde. En este trabajo Pedro da cuenta de su encuentro con el Profesor Pavan, de la Universidad de Pavía, que tuvo lugar a lo largo del XI Congreso Internacional de Entomología celebrado en Viena en 1960. Pedro asistió al Congreso en representación del Servicio de Plagas Forestales y su encuentro con el Profesor Pavan, experto en lucha biológica y especialista y gran conocedor de las hormigas del grupo *Formica rufa*, le estimuló para iniciar los estudios sobre la fauna española de esos formícidos, que extendió, en un esfuerzo admirable, a una buena parte de nuestra geografía, así como sobre las posibilidades de su utilización en programas forestales de lucha biológica y sobre las técnicas de introducción en zonas favorables, mediante trasplantes de colonias. Después de una fructífera estancia en Pavía en 1965 y tras los estudios teóricos y de campo, publicados en el *Boletín del Servicio de Plagas Forestales* y en las *Memorias de la Sociedad Entomológica de Italia*, pone en marcha en España las campañas de divulgación sobre la necesidad de protección de esta fauna y lleva a cabo, con éxito, una experiencia a gran escala en la provincia de Soria para determinar las densidades óptimas de poblaciones y la eficacia de los trasplantes.

En 1966 termina los estudios y obtiene el título de Ingeniero Superior de Montes y gana el concurso de Técnico Entomólogo en el Servicio de Plagas Forestales. Un año después imparte un ciclo de conferencias sobre plagas forestales y lucha biológica en la Universidad de Pavía. Posteriormente asiste en Roma a la reunión de la Organización Internacional de Lucha Biológica y, seguidamente, en 1969, comienza los estudios y experiencias para el conocimiento y protección de las aves insectívoras, dando los primeros pasos para hacer realidad el anhelo expresado por otro gran forestal naturalista, A. García Maceira, en 1895. Publica los resultados en el *Boletín del Servicio* y recibe, en 1971, un premio de la Real Academia de Ciencias por su trabajo «Alimentación natural de *Parus major* y *P. caeruleus*». Posteriormente obtendría el Doctorado por un trabajo más amplio sobre la

alimentación de los páridos. Elegido el modelo óptimo, comenzó la fabricación de nidales artificiales en 1969 y en esas fechas se iniciaron las grandes campañas de protección de aves insectívoras, instalando los nidales en los montes, y las de divulgación de los beneficios que proporcionan. El entusiasmo con que acometieron estas tareas Pedro y sus colaboradores, entre los que debemos citar a Juan Molina y Ángel Núñez, se vio compensado por el éxito de las experiencias de nidificación y la favorable acogida de la iniciativa por parte de todos los Servicios Forestales y de las organizaciones para la defensa de nuestros recursos naturales. Ángel Núñez nos recuerda las campañas de divulgación llevadas a cabo en colegios y campamentos de verano, donde, tras conferencias y proyecciones de divulgación, los colegiales montaban los nidales que colocaban con su nombre en el monte para revisarlos el año siguiente en la época de cría y comprobar con alegría que el nidal estaba, efectivamente, ocupado.

Y llegamos así a 1971. Con la reforma del Ministerio de Agricultura el Servicio de Plagas Forestales se escinde en dos unidades administrativas. Una de ellas se incorpora al Servicio de Defensa contra Plagas e Inspección Fitopatológica, la otra, a la que Pedro Ceballos queda adscrito, al recién creado Instituto para la Conservación de la Naturaleza, el ICONA. Al principio, en la Sección de Equilibrios Biológicos y, a partir de 1973, en la Estación Central de Ecología, Pedro encuentra y crea el ambiente ideal para el desarrollo de su vocación. A las campañas de protección de aves suma las de protección de otros eficaces consumidores de insectos, como los murciélagos, y a éstas los censos y campañas anuales de anillamientos de unas y otros en colaboración con la Sociedad Española de Ornitología (SEO). Va dando a conocer los resultados de sus estudios y campañas en el nuevo *Boletín de la Estación Central de Ecología*, impulsado por él como responsable de las publicaciones del Instituto y de cuyo consejo de redacción forma parte. En 1972 La Real Academia de Ciencias publica en sus *Memorias* el trabajo que había merecido el premio de la Academia el año anterior, «Alimentación natural de *Parus major* y *P.caeruleus*». A partir de 1973 continúa con sus líneas de trabajo, censos, anillamientos, protección de insectívoros, imparte conferencias y cursillos sobre control biológico y plagas y asiste a numerosas reuniones de Grupos de Trabajo del Consejo de Europa y de la OILB, que publica en sus *Comptes rendus des groupes de travail* Formica rufa et *Vertébrés prédateurs des insectes* su trabajo «Las hormigas rojas, las aves insectívoras y los murciélagos, eficaces auxiliares en la defensa de nuestros bosques». En 1977 aparece la primera edición de su libro *Pájaros de nuestros campos y bosques*, la segunda en 1981, y ese mismo año se publica por primera vez el tratado *Plagas de insectos en las masas forestales españolas*, obra colectiva escrita por los antiguos miembros del Servicio de Plagas Forestales, en la que Pedro colabora con el capítulo titulado *Fomento de la fauna útil contra las plagas forestales*. Se trataba de la puesta al día de los conocimientos sobre el tema que ya se había desarrollado en sendas Monografías sobre plagas de insectos en frondosas y en resinosas, publicadas por el citado Servicio en las que Pedro también colaboró. En 1984, finalmente, publica el *Manual del anillador*.

El trabajo editorial va ganando terreno en el campo de actividad de nuestro compañero, hasta que lo ocupa totalmente de una forma natural. Imaginamos que la curiosidad y el interés de Pedro por todos los temas relacionados con la Naturaleza, y por la difusión de su conocimiento, superaba con mucho la capacidad de cualquiera para trabajar en cada uno de ellos, de modo que resulta natural que se inclinara por facilitar a los diversos especialistas la publicación de sus estudios y trabajos. Quizá esta tendencia surgiera ya en los primeros años del ICONA en la colaboración con Félix Rodríguez de la Fuente, y resultaría también de sus relaciones posteriores con otros naturalistas y científicos orientadas y estimuladas por los componentes de «El Ágora», como nos recuerdan Antonio López Lillo y Jacobo Ruiz del Castillo, respectivamente.

Dentro de la unidad de publicaciones, que en sus primeros años no tenía aún personalidad administrativa propia y Pedro la subió a categoría de Servicio, no se registraba una actividad frenética,

lo que correspondería a la eficacia que demostró, sino la labor continua y sosegada de sus magníficos colaboradores. Pedro siempre estuvo rodeado de colaboradores inteligentes y trabajadores, a los que parecía contagiar su interés por las tareas que emprendía.

Sus relaciones con impresores y editores resultaron, como con los científicos, técnicos y divulgadores, fluidas y sencillas, y esto quizá a causa del sincero e intenso interés de Pedro por el trabajo bien hecho y por los temas que muchas veces obsesionan a los especialistas. Así se introdujo en el mundo editorial y de la imprenta, que ofrece un amplio abanico de singularidades, desde el arte de la encuadernación, en el que nuestro amigo se hizo especialista, hasta una terminología rica y muy específica que Pedro dominaba y utilizaba con soltura.

Su despacho, que Eugenio Morales bautizó como «El Ágora», parecía un rincón de un museo de ciencias clásico. Las paredes estaban cubiertas por los armarios que contenían las magníficas colecciones de insectos que él se encargó de salvar de las consecuencias de las sucesivas mudanzas que sufrieron, y por otros, con las puertas de cristal, repletos de ficheros, libros y los originales que le llevaban los autores. Conservó a lo largo de sus casi cincuenta años de actividad administrativa, la misma mesa de madera frente a la que se sentaba en el primitivo Servicio de Plagas y cuyos cajones abría y cerraba siempre, como las puertas de los armarios, con unas llaves que formaban un manojo de apariencia ingobernable. Una grulla naturalizada se erguía discretamente dentro de una urna de cristal colocada en una esquina del despacho, junto a la mesa y a su altura. El recinto estaba impregnado por el ligero aroma de los productos que utilizaba para la conservación de las colecciones, también como en un museo de ciencias.

Bajo su dirección se publicaron cientos de títulos agrupados en las diferentes Series y Colecciones que se abrieron: Monografías (posteriormente, Colección Técnica), Naturalia Hispánica, Guías, Mapas de los Parques Nacionales, Atlas y Libros Rojos, Catálogo de Montes, Cuadernos de trashumancia, los cuadernos del Mapa Forestal de España, de Juan Ruiz de la Torre, que empezaron a aparecer en 1990, Mapas de estados erosivos de los ríos españoles, el Proyecto LUCDEME, Regiones de procedencia de especies forestales, el 2º Inventario Forestal Nacional, la colección de Clásicos, y muchos trabajos, algunos de ellos de gran valor, que tenían difícil encaje en las Series o Colecciones, como los *Diagramas bioclimáticos* de Montero de Burgos, o los cinco tomos de *Mariposas de la Península Ibérica*, magníficamente editados por H. Fournier en 1974, y los ya citados *Pájaros de nuestros campos y bosques*, *Plagas de insectos en las masas forestales españolas* y el *Diccionario ilustrado de los nombres vernáculos de las plantas de España*, un magnífico tratado titulado *Restauración hidrológico forestal* y los *Tres Trabajos Forestales* de su padre, Luís Ceballos y Joaquín Ximénez de Embún, vídeos, láminas y un larguísimo etcétera. Entre las publicaciones periódicas hay que citar *Vida Silvestre*, el *Boletín de la Estación Central de Ecología* y esta revista, *ECOLOGÍA*, que lo sustituyó a partir de 1987.

Pedro Ceballos se jubiló en 1999, pero nunca le abandonó el interés por los temas relacionados con la fauna y flora silvestre y, en general, por el medio natural, es más, parece que, como culminación de ese interés que se había manifestado primero en los trabajos que emprendió directamente y más adelante por la difusión de los de los más destacados especialistas nacionales, cuando queda libre de sus obligaciones laborales, surge en Pedro el deseo de plasmar en imágenes la belleza que percibía en los seres vivos que tan bien conocía y, pacientemente, como un buen artesano, aprendió las técnicas y el arte del grabado. De la última exposición, que hizo este año 2006 en El Escorial, precisamente en una sala de uno de los edificios que albergaron a la Escuela de Ingenieros de Montes, recuerdo algunos grabados magníficos, como el de las garzas en vuelo, del que parecen trascender el instinto irrevocable para la migración y el silencio de las alturas, los de algunas mariposas en reposo, en los que hasta los espejuelos de las alas estaban perfectamente conseguidos, y el de una tarabilla sencillamente posada sobre una rama seca.



Pedro dejó unas palabras escritas para ser leídas en el homenaje que le ofrecimos sus amigos, compañeros, jefes y colaboradores: «...quisiera poner de manifiesto que entro en una nueva etapa, llena de júbilo y con la gran esperanza de dedicarme en primer lugar a mi mujer, a quien debo todo... a ella le doy las gracias por su continua dedicación a mí y a nuestros hijos... Desde mi punto de vista resumiría que en la familia es donde el hombre se realiza, triunfa o fracasa y en mi caso, en particular, estoy muy orgulloso no sólo de Gloria, mi mujer, sino de mis siete hijos, sus maridos y mujeres.»

Pocas veces le escuchamos hablar de su vida privada, pero todos los años recibíamos su felicitación Navideña: una foto de un grupo de niños, sus nietos, escenificando un belén. A lo largo de los años el grupo se iba haciendo cada vez más numeroso, pues llegó a tener veintidós nietos. Cuando comentábamos con él el encanto de estas imágenes le brillaban los ojos, sonreía y murmuraba: «¡Una maravilla!, ¡una maravilla!», simplemente.

Pedro murió el día 21 de Julio de 2006. Descanse en paz.

**RAMÓN MONTOYA MORENO**

